

ARTES Y LETRAS

Fernand Braudel (1902-1985) es un personaje central para comprender la renovación de la ciencia histórica contemporánea. Pero sus ideas se han propagado más rápido que la lectura de sus obras, y esto ha dado lugar a inevitables malentendidos. En lengua española —en particular en el Perú—, la fama le atribuyó proximidades con el marxismo, para algunos era un marxista encubierto o a pesar suyo, para otros un compañero de ruta. Pero en un artículo poco conocido, en el que Braudel comentaba la tesis de doctorado de Pierre Vilar —marxista, éste sí, convicto y confeso—, hacía memoria de la profunda ignorancia acerca de Marx en la Sorbona de su tiempo. El marxismo estaba excluido del horizonte cultural francés, de su alta cultura, a comienzos de la década del 20. El único marxista relevante que hasta entonces había dado Francia, era un hombre marginal, un empleado de segunda categoría, desconocido a los medios académicos, a los que a su vez despreciaba me refiero a Georges Sorel. Debíó esperarse hasta los años 60 para que su obra fuera descubierta por Robert Paris (Mariátegui de por medio).

Partiendo de un desconocimiento de Marx, sin embargo, la obra de Braudel no se entiende sin la confrontación con el marxismo. Al inicio existe una coincidencia: el rechazo a las filosofías de la historia que se propalan en Europa después de la Gran Guerra. Esos intentos por trazar los grandes derroteros del mundo a partir de una idea, prescindiendo de la materia histórica, de los acontecimientos, las fechas y los documentos, en el estilo, por ejemplo, de Oswald Spengler. Pero rechazarlas no significaba mantenerse en la vieja práctica historiográfica del siglo pasado, construida en función de los Estados y del sentimiento nacional y encerrada en las fronteras políticas. Braudel, aunque nació en un pequeño pueblo, Luméville-en-Ornois (Meuse), comienza su carrera académica fuera de Francia, en Argelia, como profesor de Liceo y publica su primer artículo en la *Revue Africaine* sobre los españoles y el África del norte; años después viaja a Brasil donde contribuirá a organizar la facultad de letras de Sao Paulo. Los mares, las grandes distancias, los viajes se incorporan a sus lecturas y quizá de esta manera nace el ambicioso proyecto de pensar la historia universal pero conservando la fidelidad al método histórico.

Escoge, entonces, a un personaje y un escenario definidos: Felipe II y el Mediterráneo. El siglo XVI: justamente la época en que el mar que había sido el centro del mundo, deja de serlo. El hecho es significativo como veremos luego. Ese mar le servirá para, desde allí, proponer



BRAUDEL: TODO TIEMPO PASADO...

Escribe Alberto Flores Galindo

un esquema que pretendía útil para pensar otros mares y otros tiempos. Braudel cree encontrar una clave de la historia universal en la forma cómo se organiza el tiempo; Se trata de reflexionar sobre la cordenada básica en cualquier investigación histórica, el factor duración que de tan obvio y supuesto termina siendo casi inasible.

En 1949 se publica la primera edición de *El Mediterráneo y el Mundo Mediterráneo en la época de Felipe II*, donde se postulaba descomponer la complejidad del tiempo histórico en tres estratos: primero el tiempo breve, medible a veces en días, de la política: los gobernantes, las batallas, los golpes de Estado; segundo, la larga duración, medible en años y décadas, compuesta por los fenómenos sociales y económicos, como la estructuración de clases y grupos sociales cuyo ritmo de movimiento es menor; tercero, la muy larga duración, pensable sólo en términos de siglos, donde se ubican los aspectos mentales, las actitudes y en particular, esos fenómenos de civilización que derivan de la rutinaria relación, entre los hombres y su medio natural: las formas de los campos, los instrumentos de labranza, los hábitos alimenticios. La muy larga duración desemboca en el encuentro entre historia y geografía. El primer tiempo interesa a la ciencia política; el segundo a la sociología y la economía; el tercero, es el tiempo histórico por excelencia. De allí que la historia no sea sólo la ciencia de lo que cambia; es también —y quizá ante todo en la concepción braudeliiana— el estudio de las reiteraciones y permanencias, de lo que no cambia, aquello que sustenta a la noción misma de estructura. Aunque el historiador le interesa siempre observar la superficie —las secciones más extensas del Mediterráneo... están dedicadas a la política internacional de Felipe II—, su mirada debe dirigirse siempre a las profundidades, para tratar de descubrir las corrientes subterráneas y esas determinaciones que, siendo las más hondas, son las menos advertidas por los hombres.

Este esquema, como es evidente, tiene muy poco de marxista; por el contrario, era la realización de un modelo alternativo. El historiador catalán Joseph Fontana dijo en cierta ocasión (1976), que el *Mediterráneo* era un libro "bellamente escrito, pero vacío de ideas, no ha aportado nada que nos ayude a comprender el destino del mundo mediterráneo en sus horas de crisis". Frase impactante, todavía más porque estaba dirigida contra un historiador que como Braudel reunía alrededor suyo un consenso académico casi unánime. Juicio injusto, sin embargo, porque *Mediterráneo* con seguía trascender su propio escenario. Así lo entendieron otros lectores como, por ejemplo, el filósofo Louis Althusser, quien hizo una pregunta elemental: ¿por qué tres tiempos? ¿por qué no cuatro, cinco, seis? Dejando a un lado que, como diría cualquier lector de Dumézil, Braudel repetía los esquemas tripartitos indoeuropeos, había algo de arbitrario en la elección de ese número. La elección, además, implicaba postular la existencia de una fuerza o una mente suprahistórica. Desde la historia los reparos fueron más específicos. Ruggiero Ro-



Partiendo de un desconocimiento de Marx, sin embargo, la obra de Braudel no se entiende sin la confrontación con el marxismo...

mano, el más joven y brillante discípulo de Braudel (juntos escribieron una erudita monografía titulada *Navires et marchandises a la entrée du Port de Livourne. 1547-1611*), se preguntaba acerca de por qué identificar cada duración con un determinado tipo de fenómeno: toda la política no podía reducirse a la corta duración; existían acontecimientos que se transformaban en fenómenos de estructura como, por ejemplo, las fronteras o las formas de organización estatal.

A pesar de las muchas

Braudel comenzó su carrera en Argelia, y de allí, fuera de Francia, desde el Mediterráneo, piensa la historia universal. Y encuentra que los europeos se sienten ahora amenazados por las poblaciones tercermundistas que no cesan de crecer.

páginas dedicadas a Felipe II, la obra de Braudel implicaba un menosprecio por el tiempo corto, breve y fugaz de la política y una opción en favor de asentar la ciencia histórica en las permanencias. Frente al cambio se privilegiaba la continuidad. Aquí radicaba la discrepancia central con el marxismo. La política y la lucha de clases entraban al terreno de lo aparente frente a la densidad de la geohistoria. Una revolución era apenas un hecho más de corta duración ante el que era necesario indagar por las continuidades. Comprendemos en esta perspectiva las dificultades de Braudel frente a la revolución soviética en una obra extenuante y ambiciosa titulada *Las civilizaciones actuales*: "... Europa y Rusia, a principios del siglo XX, se encontraban inmersas en la misma civilización. Y en el plano de las realidades de la civilización, cuarenta años significan muy poco. A pesar de la fantástica conmoción de las estructuras sociales, la Rusia de 1965 sigue perteneciendo a la misma civilización que la Rusia de 1917, es decir, a la nuestra". La civilización es, por excelencia, un fenómeno de muy larga duración. Después algunos discípulos de Braudel crearon descubrir la historia inmóvil en el movimiento pendular que va del bueno al mal tiempo: el clima desde el año mil estudiado por Le Roy Ladurie. Esta historia inmóvil, alejándose del cambio, se alejará también de los propios hombres, cuyo rol como protagonistas de la historia quedará completamente relegado, aunque esto último debe reprocharse más a los discípulos que al maestro.

Fernand Braudel fue compuesta paralelamente con la marcha del siglo. Es imposible no vincular la crítica del acontecimiento (que llevó a acuñar el término de "historia de acontecimientos" como sinónimo despectivo de la historia tradicional), con las concepciones de un europeo que busca pensar la historia universal cuando, a medida que transcurren los años, los acontecimientos ya no marchan al ritmo de Occidente. Todo lo contrario. El cambio se torna amenazador. Desaparece el entusiasmo hacia cualquier futuro. Se desmorona la idea del progreso. Los europeos se sienten amenazados por esas poblaciones tercermundistas que no cesan de crecer, por esas revoluciones que estallan contra ellos en China, Viet Nam y demasiado cerca para los franceses, en Argelia. En este panorama, la esperanza no podía fundarse sino en el pasado. Frente a una teoría del cambio, encajada en el marxismo que se propala en Asia y Africa, nuestro historiador edifica una interpretación de la historia a la escala de sus necesidades, es decir, enclavada en la duración.

Un libro de historia implica múltiples lecturas, elaborar fichas y fichas, visitar muchos archivos, compulsar unas fuentes con otras. Pero es también una obra personal en la que no se pueden sustraer las obsesiones y preocupaciones más profundas de su autor. Al final de la primera versión de *Civilización material y capitalismo* después de hablar

La obra histórica de